

*Herta Müller*

**El rey se inclina y mata**

Traducción del alemán de  
Isabel García Adánez

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

## Cada lengua tiene sus propios ojos\*

En la lengua de mi pueblo –así me lo parecía de niña– todo el mundo a mi alrededor disponía de las palabras para aplicarlas directamente a las cosas que designaban. Las cosas se llamaban justo como lo que eran y eran justo como se llamaban. Un acuerdo cerrado para siempre. Para la mayoría de la gente no había ningún resquicio entre palabra y objeto a través del cual mirar para toparse con la nada, como si uno se escurriera de su propia piel y cayera en el vacío. Las acciones cotidianas eran instintivas, trabajo manual aprendido sin palabras, la cabeza no acompañaba a las manos por sus caminos pero tampoco tenía caminos propios, distintos. La cabeza estaba para dar soporte a los ojos y oídos, que sí hacían falta para trabajar. El dicho popular: «Tiene la cabeza sobre los hombros para que, cuando llueve, no le entre agua por el cuello» podía aplicarse a la vida cotidiana de todos. ¿O acaso no? ¿Por qué si no, cuando era invierno y no se podía hacer nada a la intemperie, cuando mi padre pasaba días y días borracho como una cuba, aconsejaría

\* Este artículo, así como los posteriores «El rey se inclina y mata» y «Cuando callamos, resultamos desagradables... cuando hablamos, quedamos en ridículo», fue leído como conferencia en el marco de la cátedra de Poética de la Universidad de Tubinga.

mi abuela a mi madre: «Cuando creas que no aguantas más, ponte a organizar el armario»? Trajinar con la ropa de un lado para otro y así desconectar la mente. Mi madre debía sacar sus blusas y las camisas de mi padre, sus medias y los calcetines de él, sus faldas y los pantalones de él, y volver a doblar, apilar o colgar unas prendas junto a otras. Recién reunidas, las prendas de ambos habrían de impedir que las cogorzas acabasen con el matrimonio.

Las palabras sólo acompañaban el trabajo cuando se hacía algo en grupo y uno dependía de la acción del otro. Aunque tampoco era siempre así. El trabajo más pesado, como cargar sacos, roturar o picar la tierra, segar con la guadaña, era una escuela del silencio. El cuerpo ya estaba lo bastante al límite como para perder energías hablando. Veinte o treinta personas juntas podían pasar horas en silencio. A veces, al verlos, me daba la sensación de estar contemplando cómo la gente olvidaba lo que es hablar. Cuando terminen de darse semejante paliza trabajando, habrán olvidado todas las palabras.

Lo que se hace no requiere ser duplicado por la palabra. Las palabras entorpecen los movimientos de las manos, son un estorbo para el cuerpo... eso me era conocido. Sin embargo, la falta de correspondencia entre lo que sucede en el exterior, en las manos, y en el interior, en la cabeza, la conciencia de estar pensando algo que no debes pensar y que nadie te creería capaz de pensar... eso es algo muy distinto. Sólo pasaba cuando aparecía el miedo. Yo no era más miedosa que otros, tendría, al igual que ellos, el mismo montón de motivos inmotivados para tener miedo, motivos urdidos en mi propia cabeza, figurados por mí. Ahora bien, que el miedo sea figurado no tiene nada que ver con sus efectos; cuando uno ha de convivir con él, es un miedo igual de real que los miedos con motivaciones externas de verdad. Curiosamente, como es un miedo construido en el interior de la cabeza podría denominarse un miedo sin cabeza. No tiene cabeza porque no obedece a ninguna causa y no

conoce remedio. Emil M. Cioran decía que los momentos de miedo inmotivado son los que más hondo llegan a la existencia. La repentina búsqueda de sentido, la fiebre de los nervios, el temblor del espíritu ante la pregunta: ¿qué vale mi vida? Esta pregunta se imponía sobre lo cotidiano, resaltaba frente a los instantes «normales». Yo no pasaba hambre ni tenía que caminar descalza, por las noches me acostaba en sábanas limpias y tan planchadas que crujían. Antes de apagar la luz incluso me cantaban: «Antes de echarme a dormir,/ oh, Señor, alzo mi corazón hacia ti». Luego, en cambio, la estufa de cerámica junto a mi cama se convertía en una torre de agua, la que había en la linde del pueblo con el vino salvaje. Todavía no conocía el bello poema de Helga M. Novak: «El vino salvaje en torno a la torre de agua se tiñe por entero,/ cuando se marchita es como los labios inferiores de los soldados». La oración que pretendía calmarme y arrullarme para dormir tenía el efecto contrario, me incitaba a darle vueltas a la cabeza. Creo que por eso tampoco entendí después –ni he entendido nunca– cómo puede la fe calmar el miedo de las personas, cómo brinda el equilibrio y ayuda a mantener los pensamientos en calma dentro de la cabeza. Porque toda oración, incluso las que se pronuncian de corrido y sin pensar, era un caso paradigmático. Me exigía interpretar mi propia condición. El sitio de los pies es el suelo, por encima están el vientre, las costillas, la cabeza. En lo alto del todo está el pelo. Cómo va a elevarse el corazón hacia Dios a través del pelo y del grueso techo de la habitación. Para qué me cantaba mi abuela esas palabras si ni ella misma era capaz de hacer lo que requerían.

El vino salvaje se llama en dialecto «uva de tinta» porque las uvas negras tiñen las manos con unas manchas que calan en la piel y tardan días en irse. La torre de agua junto a la cama, sus racimos de tinta, negros como ha de ser el sueño profundo. Yo sabía que dormirse significa dejar que te ahogue la tinta. Pero también sabía otra cosa: quien no puede dormir es que tiene

mala conciencia, algo indebido habrá hecho que le pesa en la cabeza. Así que a mí me pasaba eso, sólo que no sabía por qué. También la noche que se apoderaba del pueblo era tinta. La torre tenía controlada toda la zona, se llevaba el suelo y el cielo, y la gente del pueblo no tenía más que un pequeño punto fijo por el que orientarse. De todas direcciones se oía croar a las ranas, chillar a los grillos, mostrando el camino bajo la tierra. Y, para que nadie escapase, encerraban el pueblo en el eco de una caja. Como a todos los niños, me llevaban a ver a los muertos. Los velaban en las casas, amortajados en la mejor habitación. La gente les hacía una última visita antes de que los llevaran al cementerio. Los ataúdes estaban abiertos, las suelas de los zapatos miraban a la puerta. Entrando por esa puerta, desde los pies se daba una vuelta alrededor del ataúd y se contemplaba al muerto. Las ranas y los grillos eran sus ayudantes. Por las noches decían a los vivos cosas transparentes cuyo fin era confundirles los pensamientos. Yo contenía la respiración cuanto podía para entender lo que decían. Pero luego tomaba aire como poseída. Quería comprender pero no quería perder irremediabilmente la cabeza. A quien entiende lo transparente una vez lo atrapan por los pies y se lo llevan de este mundo, pensaba yo. La sensación de estar expuesta a las fauces devoradoras del entorno en aquella caja que era el pueblo también me invadía en los estridentes días de calor en el valle, donde tenía que guardar las vacas. No tenía reloj, mi reloj era el recorrido del tren que llevaba a la ciudad. Por nuestro valle pasaban cuatro trenes diarios y hasta después del cuarto no podía emprender la vuelta a casa. Entonces eran las ocho de la tarde. Y entonces también el cielo comenzaba a comer hierba y se llevaba el valle para arriba. Yo me apresuraba a escapar de allí antes de que eso sucediera. En aquellos largos días en un valle muy grande de un verde sin escrúpulos, me preguntaba incontables veces cuánto valía mi vida. Me hacía marcas rojas en la piel pellizcándome para ver de qué material estaban hechos aquellos brazos y piernas

y cuándo querría Dios recuperar su material. Comía hojas y flores para que mi lengua se familiarizase con ellas. Quería que nos parecíamos para que las hojas y las flores supieran lo que es estar vivo y yo dejara de saberlo. Las llamaba por sus nombres. El nombre de «cardo de leche» de verdad se correspondía con la planta espinosa de tallos llenos de leche. Pero a la planta no le gustaba el nombre, no atendía a él. Yo lo intentaba con nombres inventados: «costilla pinchosa», «cuello de agujas», nombres en los que no aparecían ni «leche» ni «cardo». En el engaño de todos los nombres inventados frente a la planta real se abría la grieta hacia la nada. Lo ridículo de hablar en voz alta con ella y no con la planta. Los cuatro trenes que pasaban llevaban las ventanillas abiertas, los viajeros iban asomados, en manga corta, yo les saludaba con la mano. Me acercaba a los raíles todo lo que podía para atisbar algo de las caras. En el tren viajaban los limpios habitantes de la ciudad, a algunas señoras les brillaban las joyas y las uñas pintadas de rojo. Tras pasar el tren, el vestido hinchado por la corriente se me volvía a pegar al cuerpo, sentía la cabeza embotada cuando de repente se paraba el viento, los ojos se me quedaban en la cara como después del aterrizaje forzoso de un carrusel volante y me dolían. Los globos oculares se me habían salido demasiado de la frente; enfriados por la corriente de aire, resultaban demasiado grandes para sus órbitas. Mi respiración era débil, tenía la piel de brazos y piernas sucia, arañada, las uñas verdes y marrones. Después de cada tren me sentía como si me hubieran dejado en la estacada, me daba asco a mí misma y así me observaba con mayor atención todavía. Entonces el cielo del valle se volvía una gran mancha azul, el prado una gran mancha verde y yo una manchita entre ambos que no contaba. En el dialecto de mi pueblo únicamente existía la palabra «sola», no como en el alemán de Alemania, que tiene dos palabras distintas: una para el que sencillamente está solo, *allein*, y otra para el que se siente solo, *einsam*. En mi pueblo sólo existía *allein*,

y lo pronunciaban *alleenig*, que rima con *wenig*, que significa «poco»... y eso es lo que era.

Así era estar en medio del campo de maíz. Mazorcas con pelo de vieja, se les podían hacer trenzas, y con los dientes rotos y amarillos... los granos del maíz. El propio cuerpo murmuraba como las hojas y era tan poca cosa como el viento vacío en el polvo. La garganta, seca por dentro de sed; en lo alto, un sol ajeno a todo, como una bandeja de las que usa la gente distinguida para servirle un vaso de agua a un invitado. Hasta el día de hoy me ponen triste los extensos campos de maíz, siempre que paso junto a campos de maíz, en tren o en coche, cierro los ojos, al instante me invade el miedo a que los campos de maíz se pongan de pie y recorran la tierra.

Yo odiaba el campo cerril que devoraba plantas y animales silvestres para alimentar plantas cultivadas y animales domésticos. Cada campo cultivado era una suerte de museo de las distintas formas de muerte, un festín de cadáveres en flor. Cada paisaje representaba la muerte. Las flores imitaban los cuellos, narices, ojos, labios, lenguas, dedos, ombligos, pezones de las personas, no daban tregua, tomaban prestadas las partes del cuerpo, amarillo cera, blanco cal, rojo sangre o azulado cardenal, y, emparejándolo con su verde, derrochaban aquello que no les pertenecía. Y luego esos colores calaban a través de la piel de los muertos como querían. Los vivos eran tan tontos que se morían por los colores, en los muertos florecían porque la carne se había rendido. Yo conocía, de haber visitado a los muertos, las uñas azules, el cartílago amarillo de los verduzcos lóbulos de las orejas donde las plantas ya han hincado los dientes, impacientes por lanzarse a su labor de putrefacción, en el centro de la habitación más bonita de la casa, sin esperar a la tumba. En las calles de aquel pueblo, entre las casas, pozos y árboles, pensaba: esto son los flecos del mundo, uno debería vivir en la alfombra, que es de asfalto y sólo está en la ciudad. No quería que me atrapara aquel panóptico en flor

que derrochaba todos los colores. No quería dejar mi cuerpo a disposición de aquel voraz fuego de verano disfrazado de flores. Lo que quería era irme lejos de los flecos, irme a la alfombra, donde el asfalto que pisan tus zapatos es tan resistente que la muerte no puede atravesar la tierra para treparte por los tobillos. Quería viajar en el tren como una dama de ciudad con las uñas pintadas de rojo, caminar sobre el asfalto con coquetos zapatitos como cabezas de lagarto, oír el seco toc-toc-toc de los pasos, como el que había oído en dos ocasiones en la consulta del médico en la ciudad. Aunque sólo conocía campesinos, no me hacía a vivir dentro del cerco de presa de las plantas, con el reflejo del verde de las hojas sobre la piel. No dejaba de pensar que el campo tan sólo me alimentaba porque habría de devorarme más tarde. Para mí era un verdadero misterio que alguien pudiera confiar su vida a un entorno que a cada paso te mostraba que eras candidato al festín de la muerte.

Era un fracaso que no me convenciera lo que hacía y que no confiara a nadie lo que rondaba por mi cabeza. Tenía que dar de sí cada momento, tanto que fuera imposible llenarlo con nada de alcance humano. Yo misma provocaba la plena irrupción de la fugacidad, era incapaz de encontrar la medida soportable de atenerme a lo común.

Escurrirse de la propia piel para caer en el vacío es exponerse del todo. Yo quería reconciliarme con el entorno y me quemaba en él, el entorno acababa haciéndome pedacitos, tantos que luego me era imposible recomponerme. De un modo incestuoso, según me parece ahora. Anhelaba una «relación normal» y me cerraba a ella porque era incapaz de dejar las cosas tal y como eran. Sobre todas las cosas, habría necesitado la paz interior, pero no había entendido cómo lograrla. Creo que, desde fuera, no se me notaba nada. Hablar de ello ni se me ocurría. Aquel avispero mental tenía que permanecer oculto. Además, en el dialecto de mi pueblo no había palabras más allá de los dos adjetivos: «vago», que se usaba

relacionado con lo físico, y «profundo», que se usaba para todo lo relacionado con la mente. Yo misma tampoco tenía palabras para lo que me pasaba. Ni siquiera hoy las tengo. No es cierto que existan palabras para todo. Como tampoco que siempre pensemos con palabras. Yo sigo pensando muchas cosas que no pienso con palabras, no he encontrado palabras ni en el alemán del pueblo ni en el alemán de la ciudad, ni en rumano, ni en el alemán de Alemania, sea oriental u occidental. Ni en ningún libro. Los resquicios interiores no se corresponden con el lenguaje, lo arrastran a uno allí donde no pueden existir las palabras. A veces, lo decisivo es aquello de lo que ya no puede decirse nada, y el impulso de hablar no resulta problemático porque uno no se detiene en ello. Creer que hablar sirve para aclarar los estados de confusión es algo que sólo he conocido en Occidente. Hablar no trae esa paz interior a la vida en el campo de maíz, como tampoco a la vida sobre el asfalto. Tampoco he encontrado más que en Occidente la convicción de que no se puede soportar lo que carece de sentido.

¿Qué se consigue hablando? Cuando se desmoronan los pilares de la mayor parte de la vida, también se caen las palabras. Yo he visto desmoronarse las palabras que tenía. Y estaba segura de que lo mismo habría sucedido a las palabras que no tenía, de haberlas tenido. Las palabras inexistentes se habrían vuelto igual que las existentes que se desmoronaban. Nunca he sabido cuántas palabras harían falta para acompañar el galope de la cabeza cuando se desboca... Un galope que al instante se escapa de las palabras halladas para él. ¿Qué palabras serían y con qué rapidez tendrían que estar listas y alternarse con otras para alcanzar a los pensamientos? ¿Y qué significaría alcanzarlos? El pensamiento habla consigo mismo de una forma completamente distinta de como hablan con él las palabras.

A pesar de todo, el deseo: «poder decirlo». Si no hubiera albergado constantemente ese deseo, nunca habría llegado a